

## LECCION DE INGRESO

Como Amigo de Número de la  
REAL SOCIEDAD BASCONGADA  
DE LOS AMIGOS DEL PAIS

EN TORNO A JOSE DE ARTECHE (1906-1971):

TAUROMAQUIA Y NOVENTA Y OCHO

BASCONGADOS

Por

Emilio Música Encotegui

### PRELIMINARES

Un bergarés recién llegado en esta Bascongada, de estrecha relación con su pueblo, experimenta agradable cosquilleo. Más cuando inició sus actividades escolares en colegio asentado en el Real Seminario, de cuyas paredes colgaba el perfil empujucado de Peñallorida, y vivió frente a la casa donde él murió. He elegido para mi lección a José de Arteche, autor de veintiséis libros y más de dos mil artículos en castellano y en euzkera. Antonio Villanueva, al dedicar un libro a su vida y obra, dijo hacerlo por el olvido que le rodea, pese a la atención que le ha prestado después José Miguel de Arce con su libro municipal "Bibao". Aunque se le pueda leer en cualquier momento sobre las obras cuando mueren los autores y libros, si es posible encontrar títulos en las librerías.

Lección expuesta en Bilbao,  
el 15 de diciembre de 1998,  
en el Salón de Actos del  
Archivo Foral de Bizkaia.

**LECCION DE INGRESO**  
**Como Amigo de Número de la**  
**REAL SOCIEDAD BASCONGADA**  
**DE LOS AMIGOS DEL PAIS**

**Por**

**EMILIO MUGICA ENECOTEGUI**

**Preliminares. Osadía. Mitos y trascendencia. Arteche taurófilo. La Bascongada, los toros y las Juntas Generales. Topamos con la clerecía. Arteche cataloga toreros. La afición taurina en Euskal Herria. Origen del toreo y acrobacias pintadas por Goya. Zocateria vasca. ¿Idea y vuelta? Zuloaga nos lleva al noventa y ocho. Unamuno y Baroja. Los antitaurinos y retirada por peligro de cogida. Despedida.**

**PRELIMINARES**

Un bergarés recipiendario en esta Bascongada, de estrecha relación con su pueblo, experimenta agradable cosquilleo. Más cuando inició sus actividades escolares en colegio asentado en el Real Seminario, de cuyas paredes colgaba el perfil empelucado de Peñaflores, y vivió frente a la casa donde él murió. He elegido para mi lección a José de Arteche, autor de veintiséis libros y más de dos mil artículos en castellano y en euskera. Antonio Villanueva, al dedicar un libro a su vida y obra, dijo hacerlo por el olvido que le rodea, pese a la atención que le ha prestado después José Miguel de Azaola en el periódico municipal "Bilbao". Aunque se le pueda leer en cinco idiomas, el silencio cae sobre las obras cuando mueren los autores y la memoria sólo permanece si es posible encontrar títulos en las librerías.

Arteche trató de personajes, modos y paisajes e hizo ocho biografías: así las de Ignacio de Loyola, Elcano o el bayonés Saint-Cyran, que convierte en ensayo de caracteriología vasca. “*El abrazo de los muertos*” es su libro con mayor eco, obra de un hombre cuyo espíritu, comenta, «*estuvo durante la guerra civil en medio de dos facciones en lucha, e hizo cuanto le fue posible por echar agua en la hoguera*». Marañón diría que el estilo de Arteche era el más puro de cuantos literatos vascos han escrito en castellano, Villanueva recalca la importancia actual de su mensaje de paz, humanismo y honestidad, y el hace poco fallecido Pelay Orozco manifiesta no conoció otro hombre que tuviera del oficio de escritor un concepto tan elevado y tan trascendental. Ante la ingente producción artechiana, con asidua presencia en “*La Voz de España*” de San Sebastián y casi una cincuentena de artículos en el “*Boletín*” de la Bascongada, donde hizo además crítica de libros, me he ceñido al manojo de trabajos que dedicó a la tauromaquia vasca. Para cumplir con la efeméride que ya escapa, añadiré algo sobre un tema que sólo rozó, al no aceptar un ensayo sobre el 98 vasco que ahora ha hecho Elías Amézaga.

## OSADIA

Parece osadía tratar de toros sin ser un “aficionado” ya que, si bien guste de participar frente al televisor en lo que alguien llamó encierro electrónico, he acudido a una plaza escasísimas veces. Por eso, remendando a Ortega y Gasset cuando le pidieron que escribiese sobre Velázquez, diré «*lo que un hombre algo meditabundo puede decir sobre un asunto del que no entiende*». Se verá no resulta gratuito, ni petulante, ese recurso para iniciar genuflexo, a porta gayola y con José de Arteche como director de lidia, una meditación de la tauromaquia en *Euskal Herria*. Ortega, que fue poco a los toros, reivindica su solicitud por no depender de afición, sino que se necesita para comprender parte de la historia de España. Aunque no publicase el prometido trabajo “*Paquiro o de las corridas de toros*”, dejó bastantes textos sobre lo que explica es geometría y cinemática. Algunas alusiones se encuentran en sus lecciones sobre Velázquez organizadas por la Bascongada, el verano del 47 en San Sebastián, pues el toro hace por el filósofo en cualquier momento. Así cuando explica que todo problema es agresión al intelecto y, por eso, «*la filosofía le ha dado como atributo cuernos*». O cuando usa la imagen de que Aristóteles iba derecho a ellos, «*como un toro al trapo*»,

y que para él «*toda investigación filosófica comienza por una entusiasta y corajuda busca de problemas, una especie de preliminar apartado de los toros que se van a torear*».

Lo que traigo aquí ante vosotros son anotaciones de lector curioso, calificación que tiene raigambre en los Amigos del País pues como tal se definió uno, en Junta celebrada el año 1790 en Bilbao. Y se la atribuía quien fue su Director en tiempos cercanos Juan Ramón de Urquijo quien, por cierto, escribió de toros.

## MITOS Y TRASCENDENCIA

Los toros llevan gran carga mística y ritual, desde que Zeus raptó a Europa camuflado de astado, y Barandiarán recuerda el mito de *zezen-gorri*, el toro rojo. Sánchez Dragó afirma que el culto al toro fue prehistórico y sagrado, en tanto que la tauromaquia es histórica y profana; lo que no entraña la desaparición de los atributos religiosos, sino que se han diluido, y así descubre diversas connotaciones. El rito que enlazaba con los minotauros de Creta, con Tartessos y los incendiados toros ibéricos, con el culto de Mitra, había evolucionado según el conde de Foxá hacia un alegre espectáculo en technicolor. Y Ortega subrayará ser arrolladora la evidencia de que la fiesta ha hecho felices a gran número de españoles durante generaciones, ha nutrido sus conversaciones, engendrado un importante movimiento económico e inspirado la pintura, la poesía y la música, además de invertir la estructura social de España.

Sacrificio no recoger en detalle si la ética de la fiesta es lucha personal calvinista o búsqueda de honor y gloria del contrarreformismo, resuelta con la distinción entre moral torera y taurina; pasaré a la creencia de que quienes primero oficiaron el rito fueron toreras cretenses. Se dice que, en el juego de arquetipos, el toro es lo masculino y el torero lo femenino, con especial sentido para las mujeres que torear. Parece irreverente Cela cuando escribe sobre la muerte de «*la señorita torera Santa Marciana, virgen y mártir*», pero es figura frecuente en quienes buscan el origen romano de las corridas. Se habló, desde algún púlpito, de mártires que «*como diestros toreadores, dejaban las capas de los cuerpos en los cuernos furiosos del tirano y saltaban con las almas a los seguros andamios y barreras del Cielo*». En otra dimensión, Tierno Galván pensaba que el español ve en el trato erótico relación con la acti-

tud del torero ante el toro: Don Juan diestro del amor y el torero donjuán de la muerte. Otro autor conecta la tauromaquia con el zen, las artes marciales y los samurai, buscando detrás de la plástica del toreo el motor interno del que manaría. Ya Mishima, el novelista que se suicidó a la manera samurai, encontró en el torero la única semejanza de España con el espíritu japonés, mientras Gil Calvo relaciona las corridas con la mística que, protagonizada por cristianos nuevos, dice se ha sospechado fue la forma adoptada en España por la reforma protestante. Y confronta la matanza del cerdo por limpios de sangre con el sacrificio del toro sin violar tabúes musulmanes y judíos.

## ARTECHE TAUROFILO

Arteche fue taurófilo, estaba suscrito a *“El Ruedo”* y remedaba con gracia los gestos y actitudes de los toreros. Sus hijos pretendían hacerle ver la contradicción entre lo que entendían espectáculo cruel y su espíritu sensible, pero se conformaba con admitir su debilidad. Es significativo que su pueblo, Azpeitia, sea muy taurino y a la vez se mantuviera bastante aislado, con ambiente donde Arteche veía herencias jansenistas. Aporta ejemplos tomados de usos familiares, eclesiales y sociales de su juventud y, si bien recuerda sombríos libros nutricios de su piedad infantil, señala la naturalidad de esas costumbres en aquel ambiente y tiempo. No se puede juzgar el ayer desde los criterios de hoy y, tal como admonestaba Ortega, es fácil reirse de la vieja moral que se ofrece indefensa a la insolencia contemporánea.

Así como el denostado vascuence de Eibar ha hecho un gran aportación dando nombres a las herramientas industriales y el euskera bermeano contribuye, junto con el de otros pueblos marineros, a la terminología relacionada con la navegación y la carpintería de ribera, en Azpeitia se ha creado una en lengua vernácula para designar las capas del toro de lidia, el burladero para los mayores aparece rotulado *unanmaizterrak* y semejante ocurre con los destinados a los mulilleros, los mozos de espadas o los areneros. Un conocido crítico ha comparado el espíritu taurino que allí se respira con el sevillano de la Maestranza y el limeño de la plaza de Acho.

Arteche dice haber tenido como juguete preciado *«las astas relucientes y puntiagudas de algún toro de historia»* y pregunta si estaremos

deformados por la costumbre del espectáculo sangriento. Iba a la plaza sobre todo a observar detalles, a buscar la trastienda de la diversión, el lucimiento social y la apariencia artística, como muestran sus artículos sobre la tristeza de "Litri" y la despedida de "Mondeño". Disfrutaba con la lectura de los revisteros taurinos, sobre todo americanos, y no se debe soslayar el derecho a contar con alguna contradicción en la vida. Además, dirá, «*el mundo taurino existe y no es sano mentalmente negar la evidencia de las cosas indudables*».

## LA BASCONGADA, LOS TOROS Y LAS JUNTAS GENERALES

Gabriel Celaya, el poeta que llegó a la Residencia de Estudiantes para hacerse ingeniero y topó con Lorca, Buñuel, Dalí y Alberti, escribió aquello tan bonito: «*los Caballeritos de Azcoitia, la luz que torea el hecho bruto de un testuz*». La Bascongada organizó actos taurinos en Azcoitia, pero desde su misma fundación está relacionada con festejos que hubo en Bergara el año 1764. El marqués Mugartegui asistió y dice hubo tres corridas de toros, en tanto que el sueco Thunborg escribe, cuando fue a hacerse cargo de la cátedra de Química del Seminario, sobre el buey que con una larga cuerda atan en el centro de la plaza y después, con ayuda de perros y picas, le hacen correr y mugir. Bergara parece apoyar el aserto de una afición generalizada a los toros en *Euskal Herria* pues, sin aparente tradición taurina, había corridas de cierta importancia como la que costearon los componentes de la corporación municipal, proporcionalmente a su jerarquía. Se celebraban en coso montado al efecto y otras en la plaza del Ayuntamiento, vedándose a los que trabajaban «*en ferrones y machinos*» el acceso a los balcones, aunque hubieran pagado la entrada. Impresionaría a los toreros alzar la vista para desearse suerte y ver escrito en la piedra de la fachada: «*Oh qué mucho lo de allá, oh qué poco lo de acá*».

Larramendi comentó era tan grande la afición que «*si en el Cielo corrieran toros, todos los guipuzcoanos fueran santos por irlos a ver*» y Delmas extendía el juicio, para decir que «*la afición de los vascongados a las corridas de toros raya en el delirio*». Cuando se recibe la noticia de la beatificación de Ignacio de Loyola y también al llegar la canonización, las Juntas de Gipuzkoa deciden lidiar toros. Lo mismo que, para conmemorar el nombramiento de San Ignacio como patrón de los vizcaínos, se celebra una corrida en Bilbao presidida por una pintura del

Santo Fundador, conforme recoge Guiard y amplía Henao diciendo que la concurrencia llevó a encaramarse en los mástiles y vergas de los buques surtos en la ría.

## TOPAMOS CON LA CLERECIA

Busca Isusi, además de bromatólogo cuya labor divulgadora Arteche ensalzó, se ocupó de las raíces del toreo a pie. Pensaba que los jesuítas se han inclinado por la fiesta, aunque no aduzca que el famoso padre Laburu tenía una conferencia sobre el comportamiento del toro de lidia, ni hable del libro sobre los toros, la Iglesia y la moral del penalista de Deusto padre Pereda. La Universidad de Salamanca fue defensora a ultranza frente a la oposición vaticana aunque, cuando las corridas pasaron a la Italia del Renacimiento, Alejandro VI celebró una en la plaza de San Pedro, donde su hijo César Borgia mató toros para celebrar las bodas de su hermana Lucrecia, y las organizaron Julio II y León X, disponiéndose del testimonio de Erasmo de Rotterdam. Pero se prohibieron en Trento y es instructivo acercarse al padre Mariana, quien piensa que si ocurren accidentes *«muchos más mueren el verano por ocasión de beber agua fría, comer melones u otra fruta»*. Tras confesar es vergüenza y afrenta de su profesión no haya cosa tan absurda que no la defienda algún teólogo, transcribe y comenta las bulas condenatorias de Pío V, Gregorio XIII y Sixto V, a la que redactó recurso fray Luis de León.

Cuando recibió su designación el cardenal Gardoqui, en Bilbao se celebró con toros y antes, estando prohibidos por orden real, consiguieron autorización por inaugurarse la iglesia de San Nicolás. En Tudela no se toreaba si no llevaban a un capuchino a que conjurase la bravura de las reses, en siglos pasados las corridas más importantes se celebraban en Bilbao la octava del Corpus, se corrieron toros en la catedral de Palencia y la elevación de Santa Teresa a los altares, dicen, costó la vida a más de doscientos animales. Se habla incluso de un cura-torero en San Sebastián a principios del siglo XVIII; se apellidaba Erdocia y cuando el obispo de Pamplona ordenó encarcelarlo, se fugó. No es el caso del cura navarro de Babil, quien pretextó se había echado como espontáneo para prestar socorros espirituales al diestro en peligro. Esa aparición de curas-toreros es más reducida que la de curas-pelotaris, que se remangaban la sotana para jugar, como se ve en la última escena del poema *“Euskaldunak”* de Orixe. Aunque una copla castellana dice: *«En*

*mi pueblo torea el cura / con sotana y con corona / señor cura, toree usted / que Dios todo lo perdona*». Caro Baroja apunta que el día de la Virgen en Arnedo el oficiante era el primero en dar unos pases y se ocupa asimismo del toro de San Marcos, en el que la res perdía su fiereza y hasta lograban arrodillarla durante la misa, aunque incrédulos mal pensados digan que la emborrachaban. Recuérdese asimismo el origen conventual de bastantes ganaderías.

## ARTECHE CATALOGA TOREROS

Arteche cuenta que repitió a sus niños, a la hora de dormir, el paseíllo del donostiarra Recondo y sus faenas, perfilándose incluso a la mesilla para tirarse a matar. En modo alguno deseaba le hablasen de fútbol, adelantado en la regeneración del país superando la epidemia del balón y la endemia del chiquiteo. Cuando aparecen los toreros andaluces, segunda mitad del siglo XVIII, ya eran famosos Leguineche, Eguía, Arana o Arribillaga (apellidos sin ecos coránicos o del Talmud) y el primer torero vasco que participó con los del sur fue Martín Barcaiztegui “Martincho”. Los toreros de aquí se distinguían por ser grandes estoqueadores, más que hábiles en el manejo de la capa o de la muleta, y Cossío les censura su excesiva sobriedad y carencia de alegría, como insinuando que hacen falta sol, moscas y morenos de verde luna, con cutis amasado de aceituna y jazmín como el “Camborio” lorquiano. Arteche quería que sus hijos supieran de Zacarías Lecumberri, de “Fortuna”, de Agüero, de “Pedrucho”, de “Torquito”; les explicará quiénes fueron “Cocherito” y “Chiquito de Begoña” y, claro está, “Martincho” el de Oiartzun. Aunque el más conocido fue Luis Mazzantini y Eguía, nacido en Elgóibar de padre toscano y madre local. Dicen enamoró a la gran actriz Sarah Bernhardt y llegó a gobernador de Guadalajara, como seguidor de Romanones. Lo que es importante según se mire, ya que a un banderillero de Belmonte le nombraron para Huelva y preguntado el maestro cómo se pasaba del vestido de plata a la chaqueta blanca, entonces al uso, contestó “degenerando”.

Que hubiera un picador con apellidos “de aquí de toda la vida”, Bilbao y Belausteguigoitia, fuera tamborilero de un chistulari, organizaran una novillada para salvarle de la “mili” y pusiera una casa de comidas, sirve para recordar que la tauromaquia de Bilbao tiene vínculos con la gastronomía. Frente a la plaza que funcionó en competencia con Vista

Alegre, la construída por el marqués de Villagodio para lidiar sus reses, estaba el chacolí de Tablas, donde nació el bacalao “club ranero” de la mano de Cavériverie, cocinero de la Bilbaina. El hallazgo fue divulgado por la “Marquesa de Parabere”, apodo de la hija de un cónsul de Francia nacida en el bocho, que tuvo abierto restaurante dos veces en Madrid y una de ellas como traspaso de su paisano el torero Agüero. En cuanto a los “villagodios”, Indalecio Prieto contó cómo nace la denominación cuando fue a cenar con el pintor Iturrino y un detractor del ganado del marqués. Entre toreros más recientes están los baracaldeses Chacarte y el citado Recondo, que impartía conferencias taurinas en euskera y demostró habilidades de *bertsolari*. Hasta llegar al bilbaino Daniel Granada que ofició de “toricantano” en 1995, denominación que utiliza ya Calderón de la Barca lo mismo que “toreador”, empleado también por el padre Mariana. Un inciso para los carteles de Bilbao, separados de lo tradicional por su diseño original, la iconografía y temática (la bandera del Athletic y San Mamés en el último), así como los artistas que firman: los Arrúe o Antonio de Guezala en otros tiempos y García Campos más tarde.

## LA AFICION TAURINA EN EUSKAL HERRIA

Para comprender el fenómeno taurino de *Euskal Herria* vale la advertencia que hace Telesforo de Aranzadi, sobre la no limitación del toreo como hecho etnográfico a lo que se ha convertido en reglamentario, sino que deben incluirse las vaquillas, la *sokamuturra*, por supuesto los encierros, y otras variantes. Pinturas y restos hallados indican la existencia de bóvidos en el noreste de la Península y la vista de uros, de hinchada cerviz y testuz crinada, maravilló a Julio César cuando entró en Aquitania. Constituirían la ascendencia de la casta navarra que Busca describe como toros «*pequeños de alzada, escurridizos de ancas, carifoscas, astiblanco y veletos*». Se les ha comparado con las guindillas, por ser chiquitos, colorados y con mucho picante, revolviéndose en pocos palmos de terreno a diferencia del toro andaluz. Ortega y Gasset estableció un teorema a partir de los versos de Zorrilla «*el diestro es la vertical, / el toro, la horizontal*»; en la medida que la horizontal sea más corta, absolutamente o por una mayor velocidad, el toreo será más difícil y nuestras reses resultarían ilidiables.

El torear plebeyo a pie, a diferencia del aristocrático a caballo, habría sido ejercicio atlético en nada parecido a lo que ahora es casi

ballet. Ante unas reses que no permitían pararse había que esquivar su derrote con movimientos ágiles y rápidos, una serie de apariciones y desapariciones que Ortega llamó «toreo de telégrafo Morse», descubriendo en los movimientos del torero vasco ángulo y zig-zag, como en el *aurresku*. Al ser las corridas de origen popular, apunta, resultarán los andares, posturas y gestos del torero «proyección espectacular del repertorio de movimientos que los hombres de su comarca ejecutan en su vida», de ahí que vascos y andaluces se moverán también de forma distinta con el balón. Basta leer la «Corografía» de Larramendi, cuando cuenta que el público protestaba si veía que se toreaba de capa. Hasta que, recuerda Busca, llegó Pedro Romero para demostrar que a los toros de su tierra se les podía dominar sin correr y saltar, toreando en redondo con los pies quietos, cimbreando la cintura, valiéndose de los brazos. En el Congreso de Estudios Vascos de 1918, en Oñati, concluyeron que se perdió la afición a los toros cuando se profesionalizaron y se necesitó menos fuerza y agilidad para su lidia.

Claro que se han producido otros cambios, de carácter sociológico. Recurriendo de nuevo a Agustín de Foxá: «*aquellos hombres de bronce, con patillas de boca de hacha, barrigudos y cuarentones, con una amiga flamenca, han sido sustituidos por jóvenes atléticos que tienen novias de la alta sociedad*». Asimismo Arteche comentaba que los toreros viajan como un hombre de negocios acompañados por su apoderado; han olvidado el botijo, el vagón de tercera y la gangrena. El atuendo urbano de los viejos toreros se rompe al lucir cuello duro y pajarita Mazzantini, mientras Belmonte se corta la coleta manteniéndose en activo. Peña y Goñi llamó la atención sobre que los señoritos fueron acortando sus americanas hasta reducirlas a chaquetas, cuando los toreros alargaban sus chaquetillas para convertirlas en americanas.

## ORIGEN DEL TOREO Y ACROBACIAS PINTADAS POR GOYA

Ortega asume existen datos para sospechar que la región vasconavarra poseyó cierta precedencia temporal en la formación e historia de la fiesta, según hoy la entendemos. Declaración que suele chocar, forzando al causante a explicar que la presencia de diestros andaluces desde el último tercio del XVIII ha forjado una inconcusa convicción, cuando el nombre más antiguo de torero que se conoce es Zاراcondégui. Comenta Busca que el filósofo se habría dado cuenta de que Cossío

pone el origen del toreo a pie en la región pirenaica. Y declara pidió al autor de *“Los Toros”* mayor concreción, tras recordarle que lo taurino en los Pirineos comienza donde la toponimia vasca, a partir de Huesca, extendiéndose hasta la zona limítrofe de Bizkaia con la actual Cantabria. Creía ser equivocada la afirmación sobre Zاراcondegui, arguyendo que Campión habló de un matatoros del siglo XII, Esquiroz, huído a la Bardena. Asegura tenemos ahí la figura del torero-bandido mucho antes que “Tragabuches”, de la partida de los “Siete Niños de Ecija”. Lo dicho no empece para una pregunta en tono retórico sobre dónde nace el toreo a pie y la consiguiente respuesta: *«¡Dónde ha de nacer, criatura de Dios, sino en Andalucía la Baja! En Andalucía la Baja y en sus mataderos»*.

Cuentan que Urraca de Navarra lidió becerros en el camarote abierto de torre Muntzaraz en Abadiño, se habla de toros en Bermeo el año 1353 y en Balmaseda constan retribuciones a toreros en el año 1400. Aunque se diga que la primera referencia a una corrida es de la riojana Varea el siglo XII, con motivo de una boda real navarra, hay un documento que relata el festejo celebrado en Irure de Soraluze-Placencia. Un Celinos de Unzueta invitó al monarca navarro Sancho VI y éste se burló, diciendo que si no podía hartar a sus perros cómo podía dar de comer a él y a sus gentes. Por lo que el anfitrión hizo guisar una yantada con las viandas de la tierra y traer un par de toros, que los corriesen y *«después de corridos y tomado placer, los mandó matar para los dichos canes del señor Rey y que tanto comieren que murieran de ello»*. Sancho VI “el Sabio” reinó hasta 1194 y en el escudo de Irure aparecen perros y toros.

Los toreros navarros inventan las banderillas “a la *zintzilika*”, clavándolas colgados de una maroma por los pies, y aunque Goya retrató a Pedro y José Romero o Costillares, los lidiadores de *“La Tauromaquia”* no practican suertes de capa con rigor rondeño o filigrana sevillana, sino muchas veces saltos y brincos con pértigas y garrochas. Azorín veía a “Martincho” en uno de los grabados *«sentado en una silla con grillos en los pies, con el sombrero en vez de muleta, la espada en la mano y citando a recibir»*. Parece que el pintor retrató a ese torero y con seguridad a “El estudiante de Falces”, y su inclinación taurina podría venirle por descender de Zerain, desde donde emigró un bisabuelo para trabajar como cantero en Aragón. Lo mismo que otros, constituidos en cofradías de *harginak*, montaron una huelga en las obras de El Escorial

y dejaron términos euskéricos en el lenguaje secreto de los talladores de piedra de Castilla o influyeron para que la particular monserga de los de Galicia sea conocida como “latín dos canteiros” o “verbo das arginas”. Manuel Laborde publicó en el “Boletín” de la Bascongada unas indagaciones para esclarecer el origen de Goya. Y Oteiza se refirió al paralelismo entre la evolución del toreo y la pintura, de Romero a “Manolete” y de Goya a Picasso, proclamando que cuando abren la tumba del pintor en Burdeos y encuentran dos esqueletos, hay que pensar en las dos almas de Goya, una de ellas «*es la más viva y libre manifestación de nuestra secreta personalidad vasca*», dice.

## ZOCATERIA VASCA

Se puede discurrir sobre que el toro empiece como objeto de culto en Creta, más tarde se le cace y sea una de las fieras del circo romano, traten su aprovechamiento domesticándolo y que, en definitiva, devenga pieza de algo tan especial como las corridas. Ahí coincide con el tipo del torero, expresión de una determinada concepción del mundo, y la encarnadura aflora en la utilización habitual de expresiones y metáforas taurinas por personas lejanas a ese mundo.

La pelea del *homo faber* con los astados y el juego de los pastores con sus reses habrían surgido como las pruebas de hachas, el alzar pedruscos y lanzar la palanca, las pruebas de bueyes, las peleas de carneros, los *segalaris* con sus guadañas, las carreras con las traineras o el encierro, que parece viene de desafíos entre carniceros. Aunque Ortega y Gasset se inclina por la actividad deportiva como primaria y creadora, mientras la laboriosa sería su decantación; Schiller enseñaba que del juego nació el arte. Nuestros factores característicos estarían en la participación vicaria, a través del mecanismo de las apuestas, y la conservación de las hazañas por el canto de los *bertsolaris*. Es la pelota, considerada juego de importación, el único deporte vasco concebido como tal y no inspirado en labores cotidianas. D'Ors publicó “*La filosofía del hombre que trabaja y juega*”, mientras Huizinga completa la idea del *homo sapiens* y el laborioso con la de *homo ludens*. Pelay llama la atención sobre que *korrikalaris*, levantadores de piedra, remeros, lanzadores de barra o *aizkolaris*, se comportan de forma muy diferente a los que practican deportes parecidos. Al tiempo que la peseta no funciona como patrón, tampoco en los frontones, sino el duro de veinte reales, *hoger-*

*leko*, consecuencia seguramente de que en euskera se cuenta sobre base vigesimal, un invento femenino. Está también la inclinación por los escenarios circulares de las plazas de toros para los juegos, que si pudiera pensarse tiene que ver con el espacio redondo vacío que, materializado en el cromlech, es según Oteiza la geometría del vasco, quizá hay que explicarla prosaicamente diciendo que facilita el cruce de apuestas.

Asimismo escribió Pelay que somos zurdos, por pueblo al que su instinto le marca tendencia a moverse a contrapelo. En el parangón que hizo entre San Ignacio y Don Quijote, llama al de Loyola gran zurdo del santoral y al Ingenioso Hidalgo zurdo más zurdo de la caballería andante. Aranzadi reclamaba la atención sobre nuestras diferencias al uncir el yugo o que las *inñudes* levantaban al niño convirtiéndolo en *dantzari*. Y Oteiza destaca el papel de la mano izquierda en la *txalaparta*, el chistu y el patrón de la trainera, que el *bertsolari* empieza sabiendo cómo va a terminar, el frontón tiene pared izquierda y el vasco es el hombre con la boina hacia ese lado. Se ha recorrido gran trecho desde que Lombroso mantenía que la zocatería es síntoma de degeneración y Freud apercibía el mal como zurdo y torcido, pero la derecha de Dios es el lado bueno y a los matadores de toros se les llama diestros.

## ¿IDA Y VUELTA?

En el siglo XVIII, con los Borbones, los reyes no van a los toros y tampoco lidia ni acude la nobleza, pues si no los ve la familia real ¿para qué arriesgar el dinero de trajes y caballos y acaso la vida, al montarse “a la brida” en vez de “a la jineta” con lo que resultan más difíciles las evoluciones? La fiesta sobrevive al tomar protagonismo los ayudantes, que antes ponían al toro en suerte y remataban la tarea del rejoneador; ahora reciben a la res, la burlan y la matan, mientras los hombres a caballo auxiliarán como picadores. Parece sirve la sentencia orteguiana de que en España todo lo ha hecho el pueblo o ha quedado sin hacer. Para atraer a un público desorientado ante el cambio se multiplican las suertes imaginativas con ayuda de artilugios diversos, se celebran dobles corridas a plaza partida, también en Bilbao como se ve en los grabados de Bringas, y peleas de toros con otros animales; incluso Goya perpetúa la lidia montando en otro toro. Al tiempo que el pueblo se entusiasma con las nuevas formas, la minoría ilustrada se queja porque las obras se paran al querer los jornaleros asistir a la fiesta y en las gradas los hom-

bres piropean a las mujeres, si bien faltaba mucho para que Manolo Escobar cantase «*cuando vayas a los toros no te pongas la minifalda*». En una pelea entre toro y tigre celebrada en Donostia, el félido escapó de la jaula, tuvo que ser reducido a tiros por los miqueletes y entre los heridos que se produjeron en la confusión estaba Julio de Urquijo.

Así se volvió al toreo a pie de los matadores medievales, “enfamados” por Alfonso X en “*Las Partidas*”, en contraste con el carácter de torneo y galantería del alanceamiento a caballo que practicó la nobleza. Aunque no estuviese exento de episodios escabrosos, como la pugna del conde de Villamediana con Felipe IV y Olivares. Enfrentados a si es posible otro vuelco y que el toreo de mañana se haga a caballo, incluso a la portuguesa sin muerte, se afirma es una estética trágica que quedaría incompleta sin ella. Si hay algo de verdad en la afirmación de Gala sobre que en las fiestas de los pueblos sólo son imprescindibles una Virgen y un toro, igualmente es cierto ya no se puede suscribir la protesta de Baroja porque el hombre que no le gusten los toros y el vino está perdido. Cabe la pregunta de si una civilización materialista seguirá apadrinando un rito, mientras que Foxá se mostró racial con un tríptico de los toros unidos a los conquistadores y la Inquisición. Otros proclaman que la vuelta al toreo ecuestre supondría traicionar la revolución en la que el pueblo pudo a la aristocracia, aunque parece hay un revivir del rejoneo. Mucho menos imaginable es algo que intuyera Cela y parece se inventó en Estados Unidos: un toro electrónico de bravura graduable, muerte verosímil y la ventaja de recuperación y reciclado.

## ZULOAGA NOS LLEVA AL NOVENTA Y OCHO

Zuloaga nos acerca al noventa y ocho con sus retratos de matadores famosos y lienzos que van desde el juvenil “*Toros en Eibar*”, con segovianos en la plaza de Unzaga, hasta su última gran composición “*El palco de las presidentas*”, pasando por otros como “*El chepa de Quismondo*” o “*Torerillos con Turégano al fondo*”. Arteché veía a “Chepa”, que quería ser torero pese a su defecto, ennoblecido en traje de torear y a los torerillos como peleles con ropa de desvaídas luces, a solas con sus pensamientos. “El Pintor”, apodo de Zuloaga, llegó a actuar como peculiar torero con mostacho, y hay fotografías tentando una res con sombrero, chaqueta y corbata o entrando a matar con boina y chaleco. Cuando exponía por el mundo, los periódicos le llamaban

toreador, *bullfighter* y hasta *Stierkämpfer*, existiendo una carta de Belmonte al escultor Sebastián Miranda en que dice no comprender cómo no ha sido un matador, «*en lugar del mejor pintor de España*». Pese a ello los críticos aseguraron no pintaría nada, en la torería se supone, y Zuloaga reconocía que si no hubiera sido buen pintor habría acabado en mal torero.

Arteche escribe sobre la aparición de un torerillo cosido a cornadas, recordando que Blasco Ibáñez expresó la tragedia de estos muchachos, y dice que Zuloaga acertó a plasmar la tristeza subyacente en los anhelos de los maletillas, que creen citar a la gloria y lo hacen a la eternidad. Los de Turégano, comenta, «*esperan matar el hambre pasando la capa a un público salvajemente enardecido, capaz de obsequiarles tanto con unas perras como con un botellazo*». Para mi gusto destaca en la tauromaquia zuloaguesca “*La víctima de la fiesta*”, que motivó una composición poética de Mourlane Michelena y un comentario sobre el masoquismo español de Salaverría, un noventayochista. Arteche, que se definía “añorante pintor paisajista”, pensaba que «*el famélico jamelgo y el espectro de mirada indiferente que vestido de picador lo cabalga... aparecen redimidos, pero no así el paisaje sobre el que pesa la carga enorme de un brutal remordimiento colectivo*».

Entre los íntimos del pintor eibarrés estuvo Pablo Uranga, del que se llegó a decir que pintaba para que Zuloaga firmase, aunque sus estilos eran diferentes y la temática de Uranga más localista. En París trabajó como carbonero y monosabio de una plaza donde cuentan Zuloaga toreó. También lo hizo el pintor Erenchun de Azpeitia, quien en una ocasión metió gran estocada a una res que, en medio de su triunfal vuelta al ruedo, se levantó y siguió a las mulillas; la anécdota la cuentan Arteche y Peña y Goñi, quien atinadamente tituló “*El toro Lázaro*”. En una biografía de Goya se hace constar que solía decir había viajado con un grupo de toreros, manifestación que confirma Moratín, y Solana también formó parte de una cuadrilla, fue torero aficionado y pintor taurino Federico Echeverría y los pinceles folklóricos de José Arrúe reflejaron ambientes taurinos, llegando a actuar como novillero.

## UNAMUNO Y BAROJA

Arteche habló sobre Unamuno y dice estar releendo “*Vida de Don Quijote y Sancho*”, que ve le dejó cosas aunque, ante el encargo para

escribir sobre el 98 vasco, confiesa tendría que arremeter con el que llama «*grande y triste volatinero bilbaino*», añadiendo que Baroja quedará más que ninguno de su generación. Discrepará Günter Grass cuando diga que, ante una Europa enfrentada a una época crucial, «*pensadores de la talla de Unamuno pueden servir de guía*». También registra el escritor azpeitiarra su petición en San Sebastián a un conferenciante francés, para que repitiera en otras ciudades que Unamuno ha convertido muchas almas. Considera al bilbaino como equivocado agente de la duda, pero dice acertó con sus palabras alrededor de la bienaventuranza a los limpios de corazón. Si bien la de arena vendrá con la conclusión de que «*el Unamuno posterior al 18 de julio es un gran chocholo*». Sobre el aprovechamiento religioso de sus libros, cuenta prestó a Oteiza el «*Cancionero*» diciéndole el escultor que lo utilizaría para meditar en Semana Santa, mas se lo devolvió con la observación de que lo veía como obra de un enfermo. Unamuno defendió que se desinfectasen las astas de los toros, además de apoyar a Noel en su combate contra la «*plaga del torerismo y la flamenquería*», decir que «*Salamanca es una ganadería de ganaderos*» y hablar de Altamira como «*cavernario bison-teo, / tenebroso rito mágico / introito del culto trágico / que culmina en el toreo*».

Al fallecer Baroja se negó Arteché a publicar nada, convencido de que le leerían con lupa y mucha gente no le perdonaría, pues le ocurrió cuando murió Ortega que le solía visitar, hablando en ocasiones de toros y en otra de la prohibición al filósofo para impartir una conferencia sobre Goethe y los Caballeritos. Sin embargo intervino en un acto donde leyó unas líneas que finalizaban pidiendo «*la ofrenda de un lento, muy lento Padrenuestro por el alma de don Pío Baroja y Nessi*». Divulgó cómo un sacerdote comentó ante el cadáver, «*¡qué chasco se habrá llevado don Pío cuando ha llegado al Cielo!*» y, por no haber estado cuando se descubrió una placa en la casa natal, envió una nota a Baroja explicándole que ese día un hijo suyo, a quien habló mucho de él, se hacía cura para ir a tierras de Africa. Dijo que esperaba alcanzar al novelista en el camino, para echarle su mano de camarada encima del hombro y así presentarse, los dos juntos, «*delante de Aquel que siendo todo amor, todo lo comprende*». Arteché creía haber convencido al obispo Pildain para que no escribiese contra el donostiarra, todavía vivo, como hizo contra Unamuno llamándole «*maestro de herejes*», pues al lado de muchos escritores tremendistas del momento le parecía limpio en conjunto.

También Baroja declaró su repugnancia por los toros, a través del personaje femenino de "El mundo es así", la rusa Sacha. En su época de médico en Zestoa le invitaron a una novillada y dice se puso en un rincón desde no veía nada, a filosofar y a contemplar a la gente. Al final de "Aviraneta" cuenta que aquél vivía en un barrio donde los amigos del torero "Pucheta" le habían señalado como cristino y, cuando se acercó al centro de Madrid, encontró barricadas defendidas por toreros y gentes con traje corto y calañés. La antipatía por corridas y toreros contrasta con un arrebató cuando canta «somos hijos de Aitor, del totem del Toro», en la postura barojiana adversa a la latinización de Euskal Herria y consecuente cristianización.

## LOS ANTITAURINOS Y RETIRADA POR PELIGRO DE COGIDA

La generación del 98 está en general, Valle-Inclán y Manuel Machado son excepción, contra los toros y tiene ilustres pioneros en Isabel "la Católica", quien se propuso nunca ver corridas, y Quevedo cuando da rienda suelta a su mordacidad y dice «*todo es ver morir hombres que son como bestias y bestias que son como maridos*». Los antitaurinos abundan en Euskal Herria, a menudo no exentos de connotaciones políticas lo mismo que los taurófilos. Las corridas han sido utilizadas para exaltar el patriotismo, así durante la guerra de la Independencia y la época de Franco, pues tras la contienda «*se hizo de la fiesta de los toros un instrumento al servicio del nacionalismo de la dictadura, destinado a enaltecer el arrojo y demás virtudes de la raza*», dice un autor. No hay más que recordar la manipulación política de la figura de "Manolete", pese a su amistad con Prieto en México y haber enviado la cabeza de un toro negro y lucero, con el signo de la victoria en el testuz, a Churchill. Arce cuenta que, tras una de sus múltiples fintas con la censura, entregó un artículo sobre toros «*por sí acaso*».

Jon Idigoras, con pasado como novillero, dijo en un acto de la Universidad del País Vasco que hay que situar los toros en Euskadi como parte integrante de la fiesta vasca, con clara raíz popular mientras en España son una necesidad de la burguesía para mantener su dominio sobre el pueblo. Busca contaba que Justo Gárate le escribió desde Argentina recogiendo un testimonio de que Sabino Arana era muy aficionado a los toros y hay quien asegura haber visto su nombre en el car-

tel de una corrida en Orduña. Pero los toros siempre encierran peligro y más cuando se pisan ciertos terrenos. Así cuentan que un astado zaino y corniveleto, al que llevaban las mulillas, tropezó con un banderillero y le metió, ya muerto, una cornada de pronóstico reservado. Puede ser oportuno por tanto buscar el cobijo de la talanquera, aunque no sirve únicamente como protección, pues en un pueblo de la Ribera vivía un jayán al que conocían por "Tormentas" y una vaquilla le tiró al suelo. Lejos de amilanarse arrancó un burladero y marchó hacia la res, le dió en el testuz y la dejó patas arriba aunque el animal, otro "toro Lázaro", se repuso e iniciase una batalla entre ambos. Hasta que soltaron los manos, que se llevaron al toro pero no sirvieron para calmar a "Tormentas".

## DESPEDIDA

Arteche se relacionó con Bilbao por cerca de cuarenta artículos en "La Gaceta del Norte", donde tuvo dificultades para publicar sobre determinados temas, por ejemplo su biografiado Lope de Aguirre. Cuenta que habiendo pronunciado una conferencia en la Diputación, se afanaban por encontrar el sombrero de quien siempre usó boina y aclara, escribe en 1968, que en Bilbao a partir de cierto nivel todos usan sombrero. Otra vez, en Oporto, las personalidades que fueron a despedirle se extrañaron al verle montar en un vagón de segunda clase pero, en su condición de explorador de humanidad, decía que viajar en clase popular es abonarse al conocimiento de los más diversos tipos y uno de sus libros se titula "Mi viaje diario". Dedicó tres artículos a Bilbao, dos en "La Voz de España" y uno en euskera en "Zeruko Argia", aparte que anticipó el envenenamiento de las relaciones entre vizcainos y guipuzcoanos por culpa del fútbol. Con ese motivo a Arteche le salió la vena guasona de aldeano y decía, estamos en 1956, que ninguno, que no sea inglés o bilbaino, sería capaz de ir por la calle hecho un adefesio por amor a su club. Por eso pedía a Dios que los del Athletic fuesen todos los años a Donostia, porque «*el día de vuestra visita nos sentimos tan felices... nos reímos tanto*». He descubierto que los de Bilbao acababan de ganar en Atocha por 4 a 3.

En actitud muy artechiana ajusto la inclinación y el pico de una virtual boina, siempre a babor, y termino. Os pido entendais que unas anotaciones de lector indefectiblemente tenían que aparentar erudición: confío a vuestra benevolencia ubicarla en la dicótoma definición de

pesebre de ignorantes o adorno de quienes saben. Para quienes haya sorprendido, no por falta de aviso, mi inopia taurina, el estrambote euskérico solicitando dispensa por lo equivocado y atención sólo a lo atinado: *gaizki esanak barkatu eta ongi esanak gogoan artu*.

## **BIBLIOGRAFIA BASICA**

- \* ARTECHE, JOSÉ DE: Artículos taurinos. Obra completa, en particular los diarios *"El abrazo de los muertos"* y *"Un vasco en la postguerra"*. (Agradecido a Iñaki Arteche Gorostegui por los artículos de su padre).
- \* AZAOLA, JOSÉ MIGUEL DE: Artículos en *"Bilbao"*, abril y agosto 1997 y abril 1998.
- \* BUSCA ISUSI, JOSÉ MARÍA: "Tauromaquia vasca", en *"Munibe"* (1951) III.
- \* DÍAZ-PLAJA, FERNANDO: *"La sociedad española"*.
- \* FERNÁNDEZ CASADO, ANTONIO: *"Toreros de hierro"*.
- \* FOXÁ, AGUSTÍN DE: *"Por la otra orilla"*.
- \* GIL CALVO, ENRIQUE: *"Función de toros"*.
- \* LÓPEZ IZQUIERDO, FRANCISCO: *"Cincuenta autores y sus escritos sobre toros"*.
- \* MOREIRO, JOSÉ MARÍA: *"Historia, cultura y memoria del arte de torear"*.
- \* ORTEGA Y GASSET, JOSÉ: Varias obras, especialmente *"Sobre la caza, los toros y el toreo"*.
- \* OTEIZA, JORGE: *"Quousque tandem...!"*
- \* PELAY OROZCO, MIGUEL: *"Diálogos del camino"*, *"Gran país, difícil país..."*, *"La encrucijada"*, *"Palabras, palabras"*.
- \* SÁNCHEZ DRAGÓ, FERNANDO: *"Gárgoris y Habidis"*.
- \* VILLANUEVA EDO, ANTONIO: *"José de Arteche Aramburu. Vida y obra de un vasco universal"*.

## ARTICULOS TAURINOS DE JOSE DE ARTECHE

En "La Voz de España" de San Sebastián:

- \* "La tristeza del Litri", 18 agosto 1949.
- \* "Cuarenta mil duros por media docena de artículos", 5 agosto 1950.
- \* "El torerillo cosido a cornadas. La gloria imposible", 28 agosto 1950.
- \* "Toros en Buenos Aires", 30 abril 1951.
- \* "Toros y toreros en Guipúzcoa", 15 enero 1952.
- \* "Una importante apostilla al Cossío", 8 marzo 1952.
- \* "José María Iribarren en la encrucijada", 13 enero 1953.
- \* "Un rato a toros", 30 abril 1953.
- \* "Glosa a una antigua fotografía taurina", 16 julio 1953.
- \* "Carta abierta al torero José María Recondo Rementería", 17 agosto 1955
- \* "Dos muchachas inglesas en los toros", 29 agosto 1957.
- \* "Mentar la vaca", 5 febrero 1960.
- \* "La plaza vacía", 23 agosto 1962.
- \* "Mondeño", 29 octubre 1963.
- \* "La peña Mihura de Zumárraga en las dehesas andaluzas", fecha desconocida.

En otras publicaciones:

- \* "Al toro que es una mona" en "Pregón", (1949) 19.
- \* "Un toro negro en la vieja Rentería" en "Oarso", (1962).
- \* "Zezenak" en "Zeruko Argia", 17 setiembre 1967.

## PALABRAS DE RECEPCION Y PRESENTACION

Pronunciadas por

**ANTONIO VILLANUEVA EDO**

Sr. Presidente, mis queridos Amigos:

Acabamos de escuchar a nuestro Amigo Emilio Mújica hablarnos de las aficiones taurinas de un vasco universal, José de Arteche. Los dos han nacido en dos lugares de Guipúzcoa que el propio Arteche ha descrito, con la Oñate universitaria, como los núcleos de la ilustración guipuzcoana: la Vergara del Real Seminario y la Azpeitia ignaciana, la villa cercana a la cuna de la Bascongada.

Si los médicos presumimos de que nuestro hacer de todos los días es ciencia y arte, también lo es la Economía, donde a la ciencia del número se une el arte de interpretar el resultado. Para mí es muy agradable encontrar a Mújica, Economista de Deusto, en un punto importante: nuestra admiración por la obra de Arteche, sobre la que Mújica ha escrito y bien en más de una ocasión.

Escribir no es ajeno a este economista. A su trayectoria profesional por la industria guipuzcoana —Subdirector Administrativo de Unión Cerrajera de Mondragón, Gerente de Chocolates Loyola— o la banca bilbaina, miembro del staff técnico, primero del Banco Industrial de Bilbao, después del Bilbao y finalmente del BBV, ha unido sus colaboraciones en la prensa diaria y otras publicaciones del País Vasco, su inquietud política como teniente de alcalde de Mondragón y otras actividades como su participación en el movimiento de cineclubs o su afición por la montaña que le llevó a presidir una agrupación montañera.

Me pregunto si esta su dedicación pudo ser determinante de su acercamiento a Arteché, quien recorrió todos los caminos de Guipúzcoa y subió a la mayoría de sus montes. Nuestro Amigo, que podía haber seguido ésta o cualquier otra temática artechiana más sencilla, ha preferido unir en una difícil amalgama, y lo ha hecho muy bien, los vascos del 98 y la taurofilia de Arteché. Creo que de alguna manera el pensamiento de Arteché no estuvo lejos de ellos cuando señaló a Unamuno como un hombre valiente que sabía dar cara ante las dificultades, que mantuvo una vida intachable y que fue un padre modelo preocupado por su mujer y por sus hijos. En cuanto a Baroja, Arteché lo describió como un hombre que jamás pontificaba y, ante quienes resaltaban su apartamiento de la religión, citaba aquella maravillosa página lírica, "Angelus", integrada en su primera obra "Vidas Sombrias". Baroja, para Arteché, en comparación con otros escritores, era canonizable.

No soy aficionado a los toros, ni siquiera en televisión. Aunque reconozco la vistosidad y el colorido del toreo a pie o a caballo, en una tarde de sol, confieso que no sé distinguir una verónica de un molinete o una estocada caída de un volapié. En las dos o tres ocasiones que por compromiso, he acudido a un coso taurino he empezado a mirar el reloj en el cuarto toro y he sentido alivio cuando las mulillas arrastran al último, no sin cierta conmiseración por la suerte de un animal que tiene la triste condición de ser muerto más a gusto del respetable cuanto mayores son sus condiciones de nobleza y bravura.

Tampoco me es fácil comprender la existencia simultánea en Arteché, ecologista confeso y practicante, de su taurofilia y su aversión a la caza. Al llegar aquí se me ocurre, atravesando el túnel del tiempo, reunir en una tertulia, el guipuzcoano del Urola con Antonio de Trueba, el vizcaino encartado, quien en su juventud aprendió a cazar por las campiñas cercanas a Madrid. ¿Le diría el guipuzcoano que la caza era ese feroz atavismo que lleva a tantos a convertir el domingo en un día vacío y negativo, un día consagrado a matar?. ¿Le contestaría el vizcaino con sus versos en el que confiesa tener un profundo horror a estas fiestas a las que llamaba ignominia de la patria y degradación del pueblo?.

Creo que no; ni uno ni otro eran capaces de hacer daño a nadie en pensamiento, palabra u obra. Posiblemente tras un educado contraste de pareceres, Trueba hablara a Arteché del Cura de Paracuellos, cuyas habi-

lidades toreras se unían a su virtud sacerdotal y al que por morir de una cornada por un toro suelto, alguno de sus feligreses quiso promover su canonización para que hubiera un mártir torero en el santoral. Y que Arteche a su vez le contara el episodio del entierro familiar del pajarito muerto. Esta intromisión de Trueba aquí, me sugiere algunas coincidencias con Arteche. Ambos amaban profundamente el paisaje y las gentes de su tierra natal, ambos sintieron y practicaron las sinceras virtudes derivadas de un cristianismo evangélico, por último, ambos sintieron en su vida el zarpazo de una guerra civil.

Permítanme aprovechar este momento para hablar de paz, una virtud esencialmente artechiana, que podrá percibir quien con ojos limpios se acerque a su obra, escrita desde los primeros artículos en *"El Día"*, de San Sebastián hasta sus últimas colaboraciones en *"Arantzazu"* y *"Radio Loyola"*, pasando por sus 20 libros y sus más de 2.660 artículos.

Esta tierra ha vivido una larga historia de crueles enfrentamientos. Desde las pugnas medievales de los parientes mayores hasta la actualidad, hemos padecido a un Oñaz frente a un Gamboa, a las villas frente a la tierra llana, un liberal frente a un carlista, un requeté frente a un gudari, una pugna frente a otra, que, Unamuno, trece años después del último sitio carlista de Bilbao, indicaba *«llevados por el mismo impulso que no razón que lleva a los muchachos de esta calle a apedrearse con los de la otra por ser unos de la calle alta y de la baja los otros»*.

Arteche, en sus escritos de antes y después de la Guerra Civil, propugnó la justicia social como camino para la paz, la libertad humana frente a los intereses del estado, de una parte, y del industrialismo feroz, de otra; la sinceridad como norma en la relación entre los hombres, la paz de los espíritus frente a la violencia, incluso a la que soterradamente se manifiesta en muchas actividades cotidianas sociales y que, llevada a sus extremos criminales nunca tendrá justificación, cualesquiera sean los motivos invocados, alertando a los ingenuos, si los hubiera, que no es lícito, bajo pretexto de crear orden, provocar desorden.

Nuestro país desea, anhela, vive dentro de la esperanza de paz. Desde siempre, las gentes, el pueblo, nosotros vivimos con la esperanza en que la inteligencia y la mesura primarán sobre la ceguera y el empecinamiento, y que todo enfrentamiento entre hombres que tenemos en

común más de lo que nosotros mismos creemos, será en adelante un párrafo en los libros de historia que convendrá tener presente para evitar torpes olvidos y más torpes repeticiones.

Amigo Emilio, gracias, que me permito dártelas en nombre de todos los que conocimos a Arteché, por dedicar tu discurso de entrada en la Bascongada a una faceta de su vida, discurso que ha sido una demostración del difícil arte de hacer erudición en lenguaje sencillo. Gracias por esa "tesis de jubilado" que le has dedicado y que espero ver pronto negro sobre blanco.

Creo que la Bascongada está de enhorabuena. Recibimos a un hombre de pluma fina y sensible en todos sus escritos, sean dedicados a los que se fueron como el de Gaizka Uriarte, a quien me ha tocado el triste privilegio de substituir en este acto, o al jesuita Enrique Chacón, uno de los primeros en este país, en enseñar la validez de la estadística en la biología; sean para hablar del cuco y del tejo, que también animales y vegetales tienen derecho a la vida, sean de los, para los no iniciados, menos asequibles estudios económicos, pero en los que también se atisva la chispa humanística de un hombre de corazón.

Señoras y señores, con el ingreso de Emilio Múgica Encetegui, nuestro particular Ibez 35 ha subido un puñado de enteros. Muchas gracias por su atención.